



# el tlacuache

S U P L E M E N T O C U L T U R A L

## De Alonso de Guerrero y Alvar Núñez Cabeza de Vaca, a la Independencia criolla: el intricado camino de la aculturación del extranjero

Gonzalo Suárez Echenique

**E**n 1519 cuando Cortés desembarca en el actual territorio de Quintana Roo, recibe la noticia de que dos hombres blancos residen en la zona. Tras dificultosa empresa llega hasta ellos.

Uno es Jerónimo de Aguilar, fraile mendicante, quien será de gran ayuda como "lengua" en la ardua empresa por venir, traduciendo del español al maya, para que la célebre Malinche, lo traslade a su vez, a la lengua náhuatl. El otro es Gonzalo Guerrero, español, marino de profesión, originario de Palos de la Frontera, quien figura en los anales de la conquista como protagonista de un hecho curioso: después de vivir más de siete años entre "infieles" se niega a regresar con los españoles. Tiene esposa e hijos y se siente plenamente identificado con los lugareños. Para él, no habrá vuelta atrás. Morirá en defensa de su gente en 1536 enfrentando, precisamente, a la avanzada española.

La historia podría haber concluido allí, pero Cortés el frustrado rescatista, será el hombre más importante del siglo XVI en estas lejanas tierras que serán Mesoamérica y Gonzalo Guerrero se transformará en la quintaesencia del conquistador conquistado, el primer español seducido por la otredad y progenitor de los primeros mestizos americanos.

De allí en más continúan siendo muchos los contactos intersubjetivos e interculturales. En el otro extremo de Gonzalo Guerrero podemos encontrar a Alvar Núñez Cabeza de Vaca, el aventurero desventurado que tras un brutal naufragio atraviesa a pie toda la Florida, cruza el Río Bravo, y termina en la Ciudad de México llegado desde el oeste. Todos los años que Alvar Núñez pasa entre los indígenas del árido norte no logran acallar en él su esencia española.

Sin entrar en terrenos de la psicología humana y de cómo un mismo estímulo exterior repercute en los diferentes individuos, es evidente que el proceso vivencial funciona, en este caso, de forma divergente. Porque si los indígenas fueron objeto de una cruenta e intensa aculturación a raíz de la conquista, los advenedizos "visitantes" también se llevaron lo suyo.

El largo transcurso que llevó a los peninsulares a transformarse de ascéticos conquistadores en consuetudinarios colonos, fue progresivo e imperceptible, pero no por eso menos real. Un viejo adagio reza que la conquista de América se llevó a cabo gracias a los indígenas y la independencia fue posible por el afán de los españoles; arguyendo la obvia participación de los autóctonos en la justa cortesiana y la de los criollos en los movimientos independentistas.

Como quien adelanta el final de un cuento mientras el narrador no ha acabado de contarle, ya el término criollo se deslizó en el relato y nos lleva al meollo del asunto: ¿son los conquistadores lo mismo que quienes después llamaremos criollos? La respuesta aunque matizada es precisa: quienes llegaron como conquistadores experimentaron en sus personas y en la de sus descendientes un cambio, un paulatino devenir hacia el criollo producto de la aculturación.



Más allá de las políticas oficiales de un reino lejano –España–, más allá de la cotidianidad de los hechos y del lento transcurrir del tiempo; creemos que fue el amable pasar de los acontecimientos, y no los duros momentos, el responsable de la metamorfosis. Trataremos de ver algunos de aquellos eventos.

Comenzando por el principio

¿Quiénes y cuántos son los que llegaron a América, es decir, se perdieron rumbo a las indias y llegaron a estas, nuestras tierras? Primero lo segundo, son pocos. Muy pocos si los comparamos con las cifras de quienes habitaban aquí y sobre todo con los que somos ahora.

No más de un centenar los que llegaron con Colón en su primer viaje, cuatrocientos los que emprendieron la justa de México. Nada, casi nada. Unos pocos hombres, mal alimentados, mal equipados, ignorantes, temerosos de Dios y de lo desconocido, seres más cercanos al Medioevo de lo que podría creerse. Hombres sin mujeres, hombres sin hogar, hombres con mucho que perder pues lo único que llevan a cuestas es la vida.

Cocina, mujeres, baños, y saltos en la escala social

Primero, la posibilidad de ser alguien, de "hacer la América" se diría después, de "salir de pobres" se dice en nuestros días; pero ante todo, naturaleza, naturaleza plena, y comida, y mujeres, y animales nunca antes vistos, y colores y olores, y sol. Agua dulce, espacio y nada de la zozobra del mar. ¿Cómo pudo repercutir eso en la endeble estructura de los marinos españoles? Pongamos como ejemplo a la comida: se dice que el gusto por la comida tradicional (es decir la aceptada como tal por un determinado grupo humano) es una, sino la última cosa, que se pierde en la aculturación, quizás por ser la de más arraigo, la más atada a usos y costumbres, la más determinada por la localidad, las más evocadora.

En el mundo moderno es claro observar cantidad y calidad de comidas y productos internacionales que se encargan de saciar el apetito de las distintas colectividades, pero en illo tempore tal posibilidad era escasa. Para Cortés y su tropa, nada de carne de res o porcino. Cero uvas, vino el que pudieron transportar; pero la oferta de alimentación del Nuevo Mundo es tan variada y tan seductora, tan desafiante a los sentidos, que los españoles no tardan en aceptarla, y no a regañadientes.

Sería útil poder determinar un menú casual de cualquier mesa en el siglo XVI, cuando el sincretismo de sabores no estaba todavía férreamente establecido, para apoyar lo que se dice. Por cierto que no sólo los alimentos en sí deben figurar en el inventario: también es de suma importancia la preparación de los mismos. Demos una breve mirada a la omnipresente tortilla por ejemplo. Existen trabajos que la relacionan estrechamente con lo femenino, con el universo íntimo y sensual, con la manipulación suave, y sobre todo la inmediatez, la frescura requerida en su





<http://hectorosvaldoperez.blogspot.mx/2010/07/historia-de-america-latina-gonzalo.html>

preparación y consumo; en oposición, el pan de trigo, cuya brusca elaboración es prototípicamente masculina hasta la fecha, y el cual se prepara para consumir a lo largo del día o para los días subsiguientes. Actualmente aún valoramos esos afanes. Para los recién llegados la presencia de la cocina autóctona y la mujer en la cocina, ha de haber sido felizmente turbadora. Agreguemos el tema de la higiene al cuadro, y éste quedará primorosamente adornado: en la España de Fernando e Isabel y en toda la Europa, la higiene, el baño diario, eran cuestiones casi impensables; en cambio la mujer aborigen de nuestro continente recurría a los mismos con una asiduidad sin precedentes.

¿Quién podría soportar la cercanía de un cuerpo moreno y limpio, de una abundante cabellera brillante y chorreante? Seguramente no los andrajosos marineros españoles, flacos de alimento y de sexo. Comida y sexo, no es poco. ¿Qué pasa con otras cuestiones quizás menos primarias pero igualmente necesarias? El entramado social de la Nueva España era intrincado, endeble por lo novedoso de su textura, pero riquísimo en sus componentes. Cambiante y febril. Siguiendo el refrán de “a río revuelto” podemos deducir que la ganancia de los pescadores era, si bien esquiva, no imposible y nada despreciable.

Quedamos con estos recién llegados, con mujer o mujeres, solar, comida y libertad. ¿Qué les falta? Pues, Poder. Y que más Poder que el de hacerse acreedor del mismo con el sólo disfrazarse de lo que nunca fueron y ahora son: Hidalgos ...y que en España, a la humilde cuna se la lleve el viento.

De “hijoputa” a “hijosdalgo”, con pajes y blasón. Bien vestido, bien montado,

con servidumbre y un “Don” descomunal anteponiéndose al nombre. No pocos macehuales aprovecharon de lo mismo y pasaron sin escalas a ser “Señores de Yndios”. Es que esta joven América daba para todo. Y lo siguió dando. Por eso el sentimiento de pertenencia, la identidad forjada en el inmenso paisaje, la mezcla de recelo y simpatía por el que llega de afuera; tal es el origen del visible orgullo criollo de mexicanos de ayer y de hoy, de los mestizos, flamantes herederos de culturas imbricadas.

Para saber más:

Del Gachupín al Criollo, o de cómo los españoles de México dejaron de serlo. Solange Alberro, Jornadas 122. Colegio de México 1992

Nafragios y Comentarios. Alvar Núñez Cabeza de Vaca Madrid: Espasa-Calpe, 2005

Gonzalo Guerrero. Eugenio Aguirre México D.F: Secretaría de Educación Pública (SEP). Lecturas Mexicanas, 1986.

Cartas de Relación. Hernán Cortes, Dastin S.L. introducción de Mario Hernández Sánchez-Barba, 2003.



## Los Museos Comunitarios: focos culturales, sitios para la reflexión

Arqlgo. Omar Espinosa Severino  
Arqlga. Montserrat Ramírez Bazan  
Arqlga. Eos López Pérez  
Proyecto Chalcatzingo

Cuántas veces hemos ido a un museo y nos preguntamos cuál es su función o simplemente ¿qué es un museo?. A veces perdemos de vista el significado real de estos lugares porque vamos tan sólo con algún interés particular o pendiente de la escuela.

Los museos son espacios públicos o privados que conservan, protegen y exhiben objetos de valor cultural e histórico para su investigación y disfrute. En este sentido, hay diferentes tipos de museos, pueden variar según sus temáticas, colecciones y objetivos, todos los cuales reflejan diferentes aspectos de la vida social humana y de su entorno.

En este pequeño escrito se pretende resaltar la importancia de los museos comunitarios, que difieren en algunos puntos a los museos tradicionales. Los museos comunitarios son iniciativas que nacen desde las propias comunidades locales para crear, organizar y administrar el patrimonio cultural como parte de la construcción del autoconocimiento colectivo, propiciado por la reflexión y la caracterización de la historia e identidad de una sociedad.

Los museos comunitarios son importantes porque con ellos la población está protegiendo y resguardando de manera directa e in situ los objetos procedentes de las zonas arqueológicas, guiados hasta cierto punto por el orgullo y satisfacción de pertenencia, realizando la importancia sociocultural de la génesis del pueblo. La naturaleza comunitaria, pública y colectiva de los museos comunitarios dista de los museos tradicionales porque a pesar de conservar la esencia de lugar de resguardo y posesión física y simbólica del patrimonio, se trata de esfuerzos mucho más independientes y que en la mayoría de las ocasiones no recibe apoyo de otras instancias gubernamentales o institucionales.

La diferencia entre los museos a cargo de algunas instituciones y los museos comunitarios es que el cuidado y protección de los objetos expuestos recae en los propios miembros de la comunidad, lo que en muchas ocasiones fortalece la identidad cultural, legitima la historia y los valores propios de las formas de vida de la sociedad.

Es decir, el factor humano, local, destaca como la fuerza organizativa del conocimiento, ya que a partir de una exploración de los propios patrones culturales se invierte el interés hacia un autoconocimiento, a pesar de una serie de condiciones adversas y contrarias a los organizadores de museos comunitarios. El factor humano es sumamente complejo, pues los integrantes de una comunidad conforman una trama de relaciones, creencias, valores y motivaciones que pueden aportar mucha información valiosa a los proyectos arqueológicos y culturales,

y que pueden estar sumamente involucrados en la creación de un museo. La comunicación y gestión de espacios culturales, que la propia comunidad promueve y utiliza, deben ser la guía de este tipo de iniciativas.

Esto se debe a que un museo comunitario necesita un esfuerzo y conciliación extra por parte de los integrantes locales y las autoridades pertinentes en el ámbito cultural. Con mucha más razón si se trata de museos que contengan o contemplen contener vestigios arqueológicos, ya que el manejo de este tipo de patrimonio cultural debe tener una asesoría constante. Los museos comunitarios se deben ver como un escaparate y un foco social dentro de una localidad; sin embargo las circunstancias reales suelen ser muy adversas para ello.

Es importante destacar que los museos comunitarios no reciben ayuda de ninguna institución, ya sea por medio de asesoría técnica, legal o administrativa. Normalmente estos museos se mantienen mediante el cobro una cuota de entrada



Museo Comunitario de Chalcatzingo

para cubrir los gastos de mantenimiento. Sin embargo, la suma recaudada en muchas ocasiones no logra cubrir las necesidades del museo, como son el pago de luz, para la constante iluminación de las salas en donde se muestran las piezas y con ello una mejor apreciación del visitante.

Cabe señalar que estas cuotas de recuperación no incluyen un salario para los encargados del museo. Los integrantes de los comités que administran los museos no logran ser remunerados en sentido económico, pero en ocasiones continúan con sus labores por la simple satisfacción de pertenecer a un grupo que ayuda a la sobrevivencia del museo, el cual desde un principio se funda para y por la comunidad, lo que aporta un sentido ambivalente al patrimonio cultural.

Merece todavía mayor reflexión la idea generalizada sobre las supuestas ganancias que podría arrojar un museo como atractivo turístico. La realidad es que no se cumplen las metas pensadas para el mantenimiento, y estos lugares pasan al franco olvido tanto por visitantes como por administradores. La gestión empieza a declinar, y su descenso está directamente relacionado con un descontento social, haciéndose evidente en la pérdida de interés por una buena parte de los integrantes externos de la administración, e incluso la pérdida de aquellos integrantes a cargo de llevar a cabo las acciones administrativas dentro del manejo del museo.

Puede decirse que este desinterés se relaciona directamente con dos aspectos fundamentales, ambos importantes para conocer si un museo del tipo no institucional se mantiene. De esto podemos recuperar algunos puntos si dejamos de lado el interés económico –una juego de intereses que es sumamente interesante y que sobrepasa este espacio de reflexión–.

El museo como un foco cultural tiene la capacidad de enseñar y generar afectos. Las instalaciones son vistas como el medio por el cual se transmitirá el conocimiento e historia de las sociedades anteriores a la propia, pero que continúan y siguen siendo parte de su forma de ver la vida. Los museos son una herramienta de conocimiento y convivencia colectiva, al final de cuentas un museo no está en las piezas que contiene, sino que podemos decir que el discurso desprendido del patrimonio cultural es la parte más importante y no el área física.

Igualmente podemos mencionar que se pueden notar claramente una serie de contradicciones. Por un lado tenemos los intereses y necesidades particulares de una comunidad –ya sean los identitarios, culturales o económicos–, por otro las contribuciones a la memoria cultural, y como otro factor de suma importancia el punto de vista de los visitantes o público general. Éstos últimos consideran sentirse orgullosos, con sensaciones de pertenencia cultural, aunque cabe acotar que no de manera directa y tan tangible como los mismos integrantes locales del museo, pero con un lazo de relación con la población que visitan.

Si bien, la formación de un museo comunitario nace de la misma comunidad, que sigue una serie de pasos para llegar hasta la inauguración del mismo, los procesos de trabajo llevados a cabo por parte de todos los agentes sociales, deben ser considerados a partir de una serie de necesidades e intereses, cuyas gestiones deben integrar a la comunidad. Esto es de suma importancia pues de otra manera se dejaría de lado o se desestimaría la acción de estos lugares como focos culturales. Resulta mucho más relevante si se habla de comunidades de



Interior del Museo Comunitario de Tetelpan, Morelos

alguna manera “apartadas” de las grandes urbes.

Un punto muy importante es que diferentes sectores de la sociedad se involucran; ejemplo de ello es la obtención de fondos por medio de los negocios de la comunidad y la elección temática para el museo. El punto focal de este argumento, dentro de la gestión de un discurso museológico es: ¿qué quiere mostrar una comunidad? En otras palabras, los patrones de identidad parten de que los objetos son significativos para una persona específica, pero se convierte en algo colectivo al momento de ser expuesto, y eso no sólo explica el acercamiento de varios sectores de la sociedad como una identificación de sí misma sino que habla de una variante de significaciones que van más allá.

Se trata de que la idea de los museos comunitarios rebasa la idea de un museo como continente de un discurso que explica algo, sino que sobrepasa el lugar de apreciación y lleva lo significativo y afectivo a otro nivel: el sentido de identidad como justificación, produce un sentido de protección de algo de lo que no se tenía consciencia en la cotidianidad, el patrimonio. La pertenencia a un patrimonio que es intrínsecamente interesante e ilustrativo se relaciona con la territorialidad, ya que esas experiencias de vida no habrían sido posibles de no ser pobladores de alguna región específica.

Hasta ahora tenemos una serie de condiciones que parecerían estar revueltas y encimadas, pero si pensamos en el punto de origen, la integración de los actores sociales al ordenamiento, el área afectiva, la pertenencia, el patrimonio y la territorialidad, vemos conjugarse algo más complejo como parte de este sitio llamado museo comunitario.

Como podemos ver, los museos comunitarios tienen ventajas y desventajas y son una encrucijada de significados. Tenemos ejemplos como la serie de museos comunitarios oaxaqueños, museos muy independientes como el Museo Comunitario de Santo Tomás Ajusco en el Distrito Federal o el Museo Comunitario de Chalcatzingo en Morelos. Pero también otro tipo de iniciativas mayores como la que se dio en éste estado con la Unión Museos Comunitarios del Estado de Morelos.

Finalmente los museos comunitarios son un espacio realizado por una pequeña sector de nuestra sociedad moderna, que nos habla de las vivencias en una comunidad específica. Eso es algo por lo cual tomar nota, porque eso es cultura.

Para leer más...

Arroyo, M., & Rodríguez, J. (1993). Estrategias de vinculación museo-comunidad. En C. Bonfil, & N. García Canclini (Edits.), *Memorias del simposio: patrimonio, museo y participación social* (págs. 101-107). México: INAH.

Caraballo Perichi, C. (2008). El patrimonio cultural y los nuevos criterios de intervención. *La participación de los actores sociales*. Palapa, III (1), 41-49.

Morales, T., Camarena, C., & Valeriano, C. (1994). *Pasos para crear un museo*. México: INAH/CONACULTA/Dirección General de Culturas Populares.

Pérez Ruiz, M. L. (1998). Construcción e investigación del patrimonio cultural. *Retos en los museos contemporáneos*. *Alteridades*, 8 (16), 95-113.

Pérez Ruiz, M. L. (2008). La museología participativa: ¿tercera vertiente de la museología mexicana? *Cuicuilco*, 15 (44), 87-110.

Vázquez Olvera, C. (2008). Estudio introductorio. *Revisiones y reflexiones en torno a la función social de los museos*. *Cuicuilco*, 15 (44), 5-14.



UNIÓN DE MUSEOS COMUNITARIOS  
Y ECOMUSEOS DEL ESTADO  
DE MORELOS

# Arnulfo Viveros

## Reflejos del pasado

Exposición fotográfica temporal



A partir del 30 de agosto de 2013  
Museo Regional Cuauhnáhuac - Palacio de Cortés  
Sala de Exposiciones Temporales



el tlacuache



Matamoros 14, Acapantzingo, Cuernavaca, Morelos

[www.morelos.inah.gob.mx](http://www.morelos.inah.gob.mx)

Órgano de difusión de la comunidad de la Delegación INAH Morelos

Consejo Editorial

Eduardo Corona Martínez  
Luis Miguel Morayta Mendoza

Israel Lazcarro Salgado  
Raúl Francisco González Quezada

Coordinación editorial de este número: Israel Lazcarro Salgado  
Diseño y formación: Joanna Morayta Konieczna

El contenido de los artículos es responsabilidad exclusiva de sus autores